

SAMPER DE CALANDA

A mi abuela Ascensión

El 1 de mayo de 1940 nació en un pequeño pueblecito de Aragón, una niña llamada Ascensión. Con su carita redonda y sus manos pequeñas, la primera hija de Jesús y Dolores, la única que hasta entonces había sobrevivido al parto. Un año conflictivo debido a la situación de posguerra tras la Guerra Civil. En un lugar en el que cada piedra derruida todavía no había sido construida. Las calles apenas eran transitables y el ambiente de pobreza era inminente. Ascensión no se acuerda de aquellos tiempos, pues era pequeña y su infancia estuvo marcada por el trabajo duro y la ayuda en casa. Las ganas de comer y no poder y el sufrimiento de no saber qué podría pasar en años posteriores. Sin embargo, sí recuerda cómo cambió el pueblo en su adolescencia, apenas con 20 años recién cumplidos, su lugar natal había cambiado a ser otra cosa. Incluso se decía que se iba a construir una enorme iglesia para los fieles, dejando atrás la pequeña capilla de Santa Quiteria, en la parte superior del pueblo.

Como era propio por aquellos tiempos se casó joven y debido a la prosperidad del momento tuvo cuatro hijos. El mayor era revoltoso y un poco rebelde, siempre se iba con sus amigos al río Martín y volvía empapado por haber jugado a tirar piedras y a saltar por la pasarela. La segunda, era un poco más tranquila, e intentaba ayudar a su abuela y a su madre, iba a buscar la leche a la lechera, aunque a veces era un poco despistada y jugando a darle la vuelta al cántaro, perdía la leche por el camino. Ascensión siempre le echaba la bronca, le decía que no se podía malgastar nada. El tercero tenía la cabeza en las nubes, le encantaba dibujar y se marchaba al monte para plasmar en el papel todo el pueblo (aunque fuesen garabatos de un niño), incluida la iglesia que ya se había construido. La pequeña de la familia todavía era un bebé y poco se podía decir, se pegaba el día durmiendo.

La familia crecía a la vez que el pueblo y las familias de siempre también. Pero en la familia de Ascensión pasó algo inesperado, su marido murió muy joven por un ataque al corazón, así como el sustento de la familia. Ascensión solo tenía 34 años, dos padres ya mayores y cuatro hijos pequeños. Así pues, aquellos niños que nunca habían salido de su pequeño pueblo tuvieron que marchar a la ciudad en busca de oportunidades. El mayor se apuntó a la “mili” y desde allí obtuvo un trabajo en otro pequeño pueblo de Castilla y León, tuvo dos hijas y todavía se mantiene allí. La segunda, marchó muy joven a Zaragoza, la capital de provincia, donde estuvo trabajando para la misma empresa que su padre, por la cual tuvo que viajar por toda España. Ya siendo adulta decidió adoptar a una niña. El tercero se posicionó pronto en una pequeña fábrica de los alrededores, se casó y formó su familia en la capital. Y la pequeña, pues tuvo la suerte de quedarse en el pueblo. Al contrario que sus hermanos, todavía eran muy joven para marchar lejos, y por avatares del destino, al crecer consiguió un trabajo en el mismo pueblo, donde aún vive junto a Ascensión.

Tres de los cuatro hermanos se marcharon, pero nunca se olvidaron del pueblo. Sino todo lo contrario. En verano siempre venían a visitar a su madre y su hermana y traían a

sus familias para inculcarles su amor hacia el lugar donde habían nacido, crecido y prosperado. Ascensión disfrutaba al ver a sus hijos con sus familias, por el momento tenía 4 nietos y presumía de ellos antes las vecinas.

Pero cuando la hija mediana de Ascensión decidió lanzarse a la aventura de adoptar a una niña, en la otra punta del mundo, decidió marcharse con ella, para cuidar a su nieta. Dejó atrás su casa y a su hija pequeña para ayudar a su otra hija, que no tenía a nadie más a quien acudir. Pues era madre soltera y trabajaba.

Fue una decisión muy dura para Ascensión, ya que abandonaría su pueblo natal y dejaría de estar en su casa. Un gran sacrificio para ella, del que no se arrepiente, pues su nieta ya se ha hecho mayor y ella ha vuelto al pueblo de nuevo.

El resto de sus nietos también son mayores y ya tienen sus propias familias, pero siguen sin olvidarse del pequeño pueblo aragonés donde han pasado momentos increíbles de su vida. Una de sus nietas, incluso se ha ido a vivir allí, tiene un nuevo trabajo y está contentísima de poder comenzar una vida en el pueblo de su abuela paterna. Su hermana ha formado su familia en Zaragoza, pero baja al pueblo cada fin de semana para que su hijo vea a la “bisa”. Los otros dos hermanos visitan frecuentemente el pueblo con sus padres y hacen muchas excursiones con las bicis por la llamada “vía verde”.

Y la niña por la que dejó su pueblo, pues bueno, aún sigue estudiando en Zaragoza. Y ahora con los exámenes y la selectividad está atacada, por eso los fines de semana se va al pueblo para despejarse e intenta que su abuela le cuente más sobre el lugar que tanto quieren ambas.

Como podéis imaginar, esta es la historia de mi familia, y yo soy esa niña por la que mi abuela dejó su pueblo para cuidarme. No puedo ser más afortunada por tenerla conmigo y por tener siempre un lugar al que regresar cuando las cosas no van como esperamos.

Mi pueblo siempre ha sido un lugar especial, mi familia se ha criado allí y siempre hemos disfrutado todos los veranos, semanas santas y navidades. Mi pueblo representa a esa Ítaca a la que Odiseo quería regresar. Porque tras todo lo que ha tenido que superar mi familia para dar una buena vida a sus hijos, Samper de Calanda siempre es el lugar de encuentro de la familia, donde los recuerdos de un pueblo destruido son ahora nuevas iniciativas para que la gente se quede allí. Para que familias jóvenes decidan dar a sus hijos la oportunidad de vivir una vida diferente. Porque siempre será la casa a la que regresaremos.

Porque quiero tanto a mi abuela que esto va para ella. Por su sacrificio y su valentía, por luchar por una vida rural que poco a poco se ha ido perdiendo. Por vivir en una “España vaciada” que ha de volver a llenarse. Porque tanto ella como otros muchos se merecen regresar al lugar que siempre fue su hogar. Porque nadie va a cambiar lo que mi pueblo es para mí. Porque el día que ella ya no esté, podré ir a visitarla. Y mi pueblo será el recuerdo que perdura y que nunca morirá.